

guirá despues en el cielo un grado de gloria; por manera que serán tantas nuestras coronas, cuantas habrán sido las tentaciones vencidas, segun aquello de san Bernardo: *Cuantas veces vencemos, otras tantas somos coronados.* Dijo el Señor á santa Matilde: Cuantas tentaciones vence con mi ayuda el que es tentado, otras tantas piedras preciosas pone en mi cabeza. Reveló la divina Madre á santa Brígida, que Dios la premiaria los esfuerzos que hacia la Santa por apartar los malos pensamientos, por mas que ellos no se apartasen.

6. Dice san Jerónimo que no hay peor tempestad para una nave, que una muy larga bonanza: y quiere decirnos con esto, que es ventajosa al alma la tempestad de las tentaciones, porque hace que no se entorpezca en el ocio, antes la obliga á recurrir á Dios con oraciones, á renovar los buenos propósitos, á practicar actos de humildad, de confianza y de resignacion, y finalmente á estrechárse mas con Dios. A este propósito se lee en las vidas de los Padres del desierto, que hallándose muy combatido un jóven, y continuamente molestadado de tentaciones sensuales, al verle un dia su padre espiritual tan angustiado, le dijo: «¿Quieres, hijo, que pida á Dios que te libre de tantas tentaciones, que no te dejan vivir en paz ni una hora?—No, padre mio, respondió el discreto jóven; porque aunque me molestan mucho, saco de ellas grande utilidad, pues con la ayuda de Dios practico continuos actos de virtud: ahora hago mas oracion que antes, ayuno con mas frecuencia, guardo mas vigilia, y me esfuerzo en mortificar de mas maneras esta carne rebelde. «Mejor es que pidais á Dios que me asista con su

«gracia para sufrir con paciencia estas tentaciones, y para que por medio de ellas adelante en la perfeccion.»

7. No debemos pedir nunca estas ni otras tentaciones, porque seria temeridad y tentar á Dios; pero á imitacion de los Santos debemos aceptarlas con resignacion, pensando que Dios las permite para nuestro mayor bien. Molestado el Apóstol de una terrible tentacion continua de impureza, rogó muchas veces al Señor que la apartase de él; mas el Señor le respondió: *Te basta mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la flaqueza.* Diréis quizás que san Pablo era santo; y yo os diré lo que respondía san Agustin. ¿Cómo pensais que los Santos vencian las tentaciones? ¿con sus propias fuerzas ó con las de Dios? Confiaban en Dios, y así vencian. Y por esto añadía el santo Doctor: Entregaos enteramente en las manos de Dios y no temais; él es quien os pone en el combate, y no os dejará solas, ni os abandonará para que os perdais.

CAPÍTULO IV.

La devocion á los santos Angeles es otro medio para conservar la virtud angelical de la virginidad.

1. Ya supongo que sabeis, cándidas niñas, que así como el demonio, implacable enemigo de nuestras almas, acostumbra valerse de representaciones, de pensamientos, de tentaciones y movimientos de impureza para apartarnos del bien y sumergirnos en el abismo de todos los males, así, por el contrario, los Angeles buenos procu-

ran valerse de todos los medios para apartar nuestras almas del mal y conducir las al bien temporal y eterno.

2. Es tanto lo que Dios nos ama, que ha querido darnos á cada uno un Angel para nuestra guarda, empleando, con un amor incomprendible, sus mas perfectas criaturas en nuestro servicio, á estas celestiales inteligencias, que han sido criadas para contemplarle y servirle en el cielo por toda la eternidad. ¡Oh cuánta es la bondad de Dios, niñas amadas, en mandar y destinar á un príncipe de su corte celestial, para guarda y guía de cada una de vosotras! Mirad cuán grande es el amor que os tiene Dios, que no contento con santificaros, dándoos los dones del Espíritu Santo, y con entregaros á su Hijo por esposo, os envía sus santos Angeles, y les encarga que cuiden de vosotras.

3. Honrad y amad á vuestro santo Angel custodid; pensad en que siempre le teneis á vuestro lado para conducir y guardaros, y él os inspirará buenos pensamientos, os asistirá en los negocios mas importantes, os fortalecerá contra las tentaciones, y os librará de fatales accidentes que os sucederian en el cuerpo y en el alma. ¿Qué es lo que no debeis á tal conductor, y á defensor tan soberano?

4. San Bernardo dice que la guarda de nuestro santo Angel debe inspirarnos tres cosas; respeto, amor y confianza: respeto, á causa de su presencia; amor y devocion, por la benevolencia que nos tiene, y confianza, por su solicitud en nuestra guarda. Tened, pues, un grande respeto á vuestro santo Angel, y cuando os veais ten-

tadas á alguna cosa mala, acordaos de su presencia, y avergonzaos de hacer delante de él aquello que no osaríais hacer delante de un hombre de respeto y autoridad.

5. Amadle singularmente, encomendándoos á él todos los dias; pedidle que vele en vuestra conducta, y os guarde de los males de esta vida, y sobre todo del pecado, que es el mal de todos los males. Acudid á él en todas vuestras tribulaciones, dudas, empresas, y sobre todo en las tentaciones, como dice san Bernardo: *Cuando ves que te aprieta alguna grave tentacion, ó que te amenaza alguna grande tribulacion, invoca á tu guarda, á tu conductor, á tu ayudador, que socorre oportunamente en las necesidades.* Este remedio es muy poderoso, especialmente en aquellas tentaciones que combaten la castidad, de la cual los Angeles son los amantes y singulares protectores, como virtud que hace á los mortales semejantes á ellos, pues que estando en la tierra viven una vida toda pura y celestial. De donde se sigue, dice san Ambrosio, que no es maravilla, si los Angeles defienden á las almas castas, pues hacen en la tierra la vida de los mismos Angeles.

6. Y para que se vea con mas claridad esta doctrina, y sea mayor vuestra confianza en los santos Angeles, quiero poner aquí algunos ejemplos. Refiere Pascal, que teniendo que emprender á pié dos hermanas doncellas, por una causa precisa, un viaje desde Lila á Tornay, se pusieron bajo la proteccion de los santos Angeles, y empezaron su camino el dia de san Miguel en el año de 1661. Bien necesitaban de aquella proteccion, pues el viaje era largo y el camino peligro-

so á causa de que en muchos puntos se encontraban tropas. Mas apenas hubieron salido de Lila, se dejó ver un gallardo jóven, vestido ricamente, que las precedia de algunos pasos. Dentro de poco toparon con una compañía de soldados: paróse al lado aquel jóven, como quien está de guardia; pasaron entre tanto los soldados, pero ni una palabra dijeron á aquellas dos hermanas. Observaban estas que á veces no se dejaba ver el jóven; pero apenas se presentaba algun peligro, le veian luego otra vez delante de ellas. Se atrevieron una vez á preguntarle qué hora era, y él contestó cortesmente que habian dado las nueve en Lila al acabarse el sermon que él habia oido con placer en la iglesia de San Estéban. Y de aquí se introdujo á hablar de los Angeles, de su humildad, y de cuanto habian hecho en el Viejo Testamento, especialmente con Tobías, y de cuanto hacen en el Nuevo. ¡Oh! les dijo entre otras cosas, ¡oh cuánto se complacen los Angeles en estar cerca de sus encomendados, con tal que sean ellos buenos y virtuosos! Y sobre todo ¡cuánto es su contento cuando al salir las almas del cuerpo las conducen consigo al cielo! Mas los Angeles, añadió, tienen grande horror al pecado, aunque no sea mas que venial.

7. ¡Qué embelesadas estaban ellas al observar los modales del jóven, la gracia y dulzura de sus palabras! Pensaban entre si, si tal vez él mismo era un Angel. Se animaron tambien á preguntarle de qué país era.—A esta pregunta contestó con una graciosa sonrisa.—A lo menos, preguntaron ellas, ¿en qué lugar teneis vuestra residencia?—Mi residencia, contestó, es en todas

partes.—Habréis, pues, visto muchas cosas, añadieron.—Ciertamente que sí, dijo él, y mayormente en las casas de caridad. Muchas veces me he hallado en hospitales á ver como damas nobles servian á los enfermos: muchas veces en batallas, pero sin ser herido: tambien en varias torturas, y he visto allí horrosas carnicerías.—¿Y no os habeis espantado? dijo una de ellas.—No, no hay jamás que temer cuando se está con Dios. Con una conversacion tan suave pasaban el camino tan dulce y felizmente, que les parecia un rato de diversion. Ofrecieron á aquel jóven alguna cosa para desayunarse; y él tambien les dió las gracias. Mientras iban caminando estaba á la puerta de una venta un soldado, que frenético prorumpia en horrosas blasfemias. Le llamó aquel jóven aparte, le habló de la grandeza de Dios y de su justicia, de la incertidumbre de la muerte y de la importancia de la salvacion de su alma con tanta uncion y fuerza, que al momento se vió que le habian hecho impresion aquellos discursos, y que parecia estar compungido y enteramente cambiado.

8. Acercóse despues á las doncellas, y volviendo á hablar de los santos Angeles, nunca os olvideis de ellos, les dijo, y tenedlos presentes en toda vuestra vida. Ellos os librarán de mil peligros, os procurarán mil bienes, os inspirarán pensamientos santos que os lleven á Dios; y todo lo conoceréis en el otro mundo. A dos leguas de Tornay se reunió con ellas una persona conocida suya, y habiendo oido parte de aquel discurso, no pudo contenerse, y dijo á una de ellas al oido: ¡Oh Dios! ¿y quién es este sujeto? no pue-

de ser otro que un Angel ó un Santo. Al llegar á las puertas de aquella ciudad volvi6se á ellas y las dijo: Adios, hermanas mias; ya estais en lugar seguro: y dicho, desapareció y no se vió mas. (*Gennaro Ravente en la obra titulada: L' Angelo Custode, p. II, c. 2*).

9. Ya lo veis, carísimas niñas, estad siempre retiraditas; pero si por alguna precision teneis que salir de casa, y aun de la poblacion, encomendaos á los santos Angeles, y ellos os protegerán, y os sucederá lo que á estas dos buenas hermanas, y experimentó la santa Judit, que dijo al volver á Betulia: «Os juro por el mismo Señor, que su santo Angel me ha guardado, así «al ir de aquí, como estando allí, y al volver acá: «ni ha permitido el Señor que yo su sierva fuese «insultada, sino que me ha restituido á vosotros «sin mancha de pecado.» (*Judith, XIII, 20*).

10. Todos tenemos nuestro Angel custodio, y de ordinario nos protege invisiblemente, exigiéndolo así el buen orden de la Providencia, y el mérito de nuestra fe; pero no pocas veces sucede tambien que para confortarnos nos ampara de un modo bastante visible y tambien prodigioso, como se ve en el ejemplo pasado y en el que voy á referir de aquella grande discipula del venerable maestro Juan de Avila, la beata Juana de la Cruz, monja franciscana en la villa de Cubas, en este reino de España. No tenia mas de cuatro años cuando tuvo la dicha de gozar visiblemente de la presencia de su Angel custodio, el cual comunicó á su entendimiento tan admirables luces, que desde entonces daba tantas pruebas de seso y prudencia en sus palabras y moda-

les, que pasmaba á los que no sabian en qué escuela y bajo qué maestro habia adelantado tanto, en una edad tan tierna, y en la que apenas hubiera sido capaz de tartamudear. Creciendo á grandes pasos en sabiduría celestial y en edad, pocos años despues encendieron los Angeles en su corazon un vivo deseo de entrar en algun convento de religiosas para dedicarse al servicio del Rey de los Angeles. Sus domésticos oponian á sus deseos gravísimas dificultades; pero ella, disfrazada de hombre, huyó de la casa paterna y se encaminó hácia Cubas. Sorprendida de repente por temor de algun peligro que pudiera sobrevenir, se paró en la mitad de la calle, incierta si debía pasar adelante, ó volver atrás. Mas luego experimentó sensiblemente que le confortaba su Angel, y la animaba á proseguir el viaje, asegurándola que Dios la asistiría. En efecto, apenas llegó al convento de aquella villa, cuando desde luego fue admitida: vosotras podeis figuraros cuánto seria el júbilo de su corazon. Aquí fue donde creció la familiaridad, no solo con su Angel, sino tambien con otros, y especialmente con los custodios de aquellas religiosas, sus compañeras, á quienes veía con el rostro mas ó menos alegre, segun eran ellas mas ó menos fervorosas en la vida espiritual. Cuando despues fue superiora, los mismos Angeles le sugerian el modo de avisarlas y corregirlas sus defectos. Muchas veces la levantaban en éxtasis altísimos; y en uno de ellos su custodio le explicó la batalla de Lucifer en el cielo y su caída: y en otro se le oyó hablar, con no poca admiración, en varias lenguas, hallándose presentes señores de alto carác-

ter y obispos; y el Angel la sugeria sentimientos é instrucciones proporcionadas á cada uno de los que le escuchaban. Y porque era grande la fama de santidad que gozaba, muchos se encomendaban á ella aun desde léjos; y su Angel custodio tenia el cuidado de avisárselo, á fin de que ella procurase interceder con el Señor en favor suyo. Pero ¡ah! este oro debia ser purificado y refinado con el fuego de la tribulacion, crisol por el cual han pasado y pasan todos los Santos. Por esto la permitió Dios no solo enfermedades extrañísimas, sino tambien gravísimas persecuciones que arruinaron su salud, y lo que es mas sensible, su reputacion. Pero no se descuidaba de ella su santo Angel, que se le aparecia entonces mas á menudo; él era su confidente, él era su mayor apoyo: así es como, resignada siempre en la voluntad del Señor, se mantuvo firme como una roca inmoble entre las encrespadas olas de tantas tribulaciones. Su Angel, en fin, la avisó el tiempo de su muerte, y al llegar esta se le apareció en el aire con sumo contento, y se llevó su alma triunfante á la gloria. (*Leggen. francese, 3 maggio*).

11. Ya veis, pues, cómo los santos Angeles protegen á las niñas, cómo les sugieren que se entreguen al servicio del Señor, y cómo las ayudan en las tribulaciones, en que regularmente Dios las prueba, y las convida su Esposo con el cáliz de su pasion. Por conclusion de este capítulo, omitiendo otros muchos ejemplos, os pondré el de una santa niña, llamada Liduvina. Nació en Holanda de padres pobres y de humilde condicion; pero Dios, atrayéndola á sí por el camino real de la cruz, ya desde sus mas tiernos años

la hizo tan ilustre, que es ahora una de las Santas mas célebres de la Iglesia. Parece que mamó con la leche la piedad y un tierno amor para con la santísima Virgen y el santo Angel de su guarda. Apenas habia cumplido diez años, cuando comenzó Dios á ejercitar su virtud con enfermedades tan complicadas, que no se sabia cuál era la mayor. Siendo de quince años, caminando cierto dia sobre el hielo, cayó y se rompió una costilla: no habiendo podido curarla ni aun los médicos y cirujanos mas famosos, se le formó una apostema sobre la rotura de la costilla, la que abriéndose por sí misma, le infectó todo el cuerpo, de lo que quedó paralizada. Al principio tuvo que sufrir algo de sus padres y deudos, y al ver los médicos que no producian ningun efecto todos sus esfuerzos, la abandonaron, y la pobrecita doncella llena de dolores quedó tullida en todos los miembros del cuerpo, á excepcion del brazo izquierdo; el derecho le tenia enteramente inutilizado por razon de una enfermedad muy maligna, conocida con el nombre de fuego de san Antonio; la cual enfermedad la habia roído hasta los mismos huesos, saliéndole de su cuerpo y hasta de los huesos del espinazo una multitud extraordinaria de gusanos. Con todo esto ella ni siquiera se atrevia á hablar de sus males, por no causar pena á sus padres. En la cabeza padecia continuos y agudos dolores; en la frente mostraba abierta una gran llaga, y la barba la tenia medio abierta hácia la boca y llena de sangre helada que le impedia hablar y comer. De los dos ojos tenia el uno hundido dentro la cara y del todo inútil, y el otro tan lleno de humores irritantes, que

no podía sufrir la luz del sol, y con mucha pena la de un candil. Sentia tan intensos dolores de dientes, que la reducian á mortales agonías. Padecia tambien un continuo flujo de sangre de la boca, narices y ojos, ó de los oídos. En las fauces se le formó una angina que le hacia muy difícil la respiracion. Una continua calentura la ejercitaba con vómitos continuos, arrojando gran cantidad de agua mezclada con sangre, siendo así que casi era nada la comida que tomaba. A un mismo tiempo era hidrópica y tísica, y se hallaba tan desprovista de todo socorro temporal, que casi no la cuidaba nadie. Tal vez alguna persona por compasion le daba alguna medicina; pero esta misma medicina le redoblaba el martirio; y con todo ella la tomaba con mucha obediencia como una ovejuela, sin quejarse de nada. Sus padres, como eran pobres y estaban ya cansados de sufrir sus achaques, la maltrataban á veces de palabra, diciéndole que solo habia nacido para su tormento, y para consumir lo poco que tenian en casa; por lo que decian que lo mejor fuera que se la llevara la muerte. Lloraba la doncellita, no por sus males, sino por las molestias que ocasionaba á los demás.

12. Como no podía moverse, siempre estaba echada de espaldas, las que tenia casi podridas. Si tal vez alguna persona compasiva, al verla tendida y abandonada sobre aquella paja, queria revolverla para aliviarla algun tanto, sucedia que la piel de las espaldas se quedaba pegada á la paja, y su cuerpo como desollado. En fin, el ver aquella doncellita de quince años sobre aquella infeliz cama en que apenas respiraba, era lo mis-

mo que ver un cadáver sobre el féretro. Y no obstante vivió así la santa virgen por espacio de treinta y ocho años. Añádase que en una ocasion cuatro soldados entraron en su pobre aposento, y despues de haberla tratado mal de palabra, llamándola hipócrita y bruja, como ya lo descubriria el tiempo, le quitaron la pobre manta con que cubria su cuerpo medio muerto, apaleándola é hiriéndola con sus sables.

13. A todos los sobredichos males y á otros externos que padeció, juntó Dios una desolacion interior que la afligió por muchos años; porque el Señor, para purificarla mas, como hace con las almas mas queridas, retiró de ella su asistencia sensible, que tan llevaderos le hacia sus extremos males, resultando de esto el hallarse abandonada de su acostumbrada confianza en Dios, y de que el demonio la atormentase fieramente diciéndola, que tantos males como la oprimian eran señal cierta de que Dios la tenia abandonada, y de que moriria en la desesperacion. Ella con todo, á pesar de verse asaltada de tantas enfermedades y de tantas angustias interiores, todo lo sufría con resignacion, bendiciendo al Señor, que así la trataba: y con el fin de aplacarle se procuró un cilicio de cerdas que le penetraban aquellas carnes tan ulceradas.

14. En tanta desolacion vivió la Santa por espacio de cuatro años; pero siempre resignada en el divino beneplácito y bendiciendo á Dios que así la trataba: unia todos sus trabajos á la pasion de Jesucristo, y de esta manera se portó todo aquel tiempo que duró tan terrible tempestad. Al principio que estuvo puesta en la prensa de tan-

tos dolores pareció desalentarse algun tanto ; pero recurrió al santo Angel, y obra suya fue el consejo que le sugirió el sacerdote que la dirigia, de endulzar sus penas y tormentos con el pensamiento y comparacion de los tormentos y penas tanto mas atroces de Jesucristo. Esto fue un néctar del paraíso para la inocentita virgen. Es verdad que sus dolores duraron hasta la muerte ; pero no le daban pena á la vista de Jesús crucificado : solamente tenia pena de no poder padecer mas por él. A veces decia : Cuando miro á Jesús pendiente de la cruz, ya no siento pena : mis dolores me obligan á gritar ; pero mi corazon me hace exclamar : « Jesús mi amor, aumentadme las penas, pero aumentadme tambien el amor. » A los que le tenian compasion decia : « Todo mi mal es nada, mientras que me hallo en manos de una bondad infinita, cual es mi Dios, cuyas entrañas son mas tiernas que las de cualquier padre y cualquiera madre. »

15. Al principio su santo Angel la favorecia invisiblemente ; despues se dejaba ver cara á cara, y cada día le hacia una amorosa visita. Es tan hermoso mi santo Angel, decia una vez á su director, que si Dios no me conservase la vida para padecer mas por su amor, yo á su vista moriria anegada de pufo gozo. Una sola mirada suya, un solo rayo de su resplandeciente cabellera, me arrancarian del pecho el alma y el corazon. Se le presentaba á veces el Angel con una cruz en la frente, para animarla con ello á sufrir viendo aquella señal sagrada de nuestra redencion, y entonces la arrebatava á contemplar los dolores y agonias de su divino Esposo. Otras veces la trans-

portaba en espíritu á los Santos Lugares de Jerusalem, regados con la sangre del Hombre-Dios. Otras la bajaba al purgatorio y aun al infierno, y la hacia ver lo que se padecia en aquellas lúgubres mansiones por no haber expiado con la penitencia las culpas ya veniales ó ya mortales. A veces le decia que se presentaba á hacerle visita de parte de su divino Esposo y de su divina madre María. Ya acudia solo, ya acompañado de otros Angeles, y le explicaba sus nombres y sus diversos empleos, y tambien las personas de quienes eran custodios. Los razonamientos que tenian tanto él como sus compañeros, no eran sino del amor de Jesucristo y de María santísima, y de la utilidad que nos acarrear las cruces. Yo confieso, decia ella, que no hay cosa tan amarga que no se me vuelva dulce, cuando veo á mi Angel, ó pienso en lo que me ha dicho.

16. Por espacio de muchos años vivió Liduvina con pasmo de todos, sin restaurarse con alguna comida ó bebida, viviendo solamente de la divina Eucaristía y del amor que ella le infundia al recibirla. Acudian á visitarla personas piadosas, deseando aprovechar á vista de aquel viviente prodigio : y ella veia entonces como el santo Angel contaba los pasos de las que la visitaban movidas de caridad. Entre otras, la misma condesa de Holanda, Margarita, quiso visitarla en persona, y quedó edificada de su virtud y encendida en amor de Dios al oír sus razonamientos.

17. Un día se presentó su santo Angel acompañado de otros muchos, y entonaron con celestial melodia la *Salve*, mezclando de cuando en cuando la exclamacion de : *Viva la Madre, viva*

el Hijo. Otras veces la llevaron á ver la belleza de las jerarquías angelicales, y un gran número de Angeles, que vestidos majestuosamente, llevaba cada uno un instrumento de la pasion, y cantaban al mismo tiempo con una armonía inefable: *Viva el Salvador, viva la Madre del Salvador*. Pero nunca vió la corte celestial con mayor sorpresa que un dia que fue arrebatada á su divino Esposo, que estaba sentado en medio de siete Angeles de los mas respetables y era obsequiada de muchísimos otros; el cual dirigiéndole algunas miradas amorosas, y mostrándole sus divinas llagas, como á esposo de sangre, le infundió el sentimiento doloroso de sus mismas llagas, sentimiento que le continuó con mucha viveza, y que ella miró como el mas sagrado sello de tantos otros dolores y padecimientos. Finalmente murió, y su cuerpo, que un rato antes estaba poco menos que destruido, se vió reflorcer inmediatamente por obra de los mismos Angeles, y revestirse de una belleza verdaderamente angelical, la cual arrebató de pasmo y admiracion á cuantos tuvieron la dicha de presenciari aquel portentoso. *(Todo lo dicho de esta virgen es sacado del venerable Tomás de Kempis, de Reynaldo y otros autores fidedignos)*.

CAPÍTULO V.

Para ser hijas del Corazon de Maria no es menester entrar en ningun convento.

1. Entre todos los medios que os he indicado, cándidas vírgenes, para conservar intacto y seguro el preciosísimo tesoro de vuestra virgini-

dad, no hay ninguno que sea tan eficaz ni expedito, me diréis tal vez vosotras, como el de encerrarle dentro las cuatro paredes de un convento. Allí se encuentra el verdadero retiro, que no pueden interrumpir los del mundo, si la religiosa huye de los locutorios como de chimeneas de infierno; allí se practica la mortificacion tanto exterior como interior; allí la modestia es una práctica inviolable; allí la confesion y la comunión son un deber sagrado; allí se ora de todos modos, y se anda en la presencia de Dios; allí, en fin, se alimenta la religiosa con la leche de la devoción á la Reina de los Angeles, y estos espíritus celestiales se complacen en habitar en aquellas casas de Dios y templos sagrados de la virginidad. Teneis mucha razon, cándidas niñas; no hay duda que este es el medio mas expedito y seguro, y si os fuera posible entrar en un convento, con todas las veras de mi corazon os aconsejo que entreis en él, mientras en el convento en que os proponéis entrar se guarde exactamente la observancia regular; pero si esta condicion le falta, guardaos bien de ligar á él vuestra suerte y la salvacion de vuestras almas.

2. En primer lugar he dicho que *si os fuera posible*, porque ¿cuántas jóvenes habrá que tendrán la vocacion religiosa, y no podrán lograrlo por ser pobres, ó no tener ni hallar limosnas para formar la dote necesaria para ser admitidas? ¿cuántas se quedan privadas de esta dicha por falta de salud, ó por tener demasiada edad? ¿cuántas por obligacion natural no podrán dejar su padre ó madre, que son viejos, ó enfermos, ó pobres, y no tienen otro que los alimente ó los